



**COMILLAS**  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

*John*



# DISCURSO DE GRADUACIONES

D. Diego S. Garrocho Salcedo  
Profesor Titular de Filosofía Moral y  
Vicedecano de Investigación de la  
Facultad de Filosofía y Letras de  
la Universidad Autónoma de Madrid

Acto de Graduación del **Curso**  
**2025/2026**





# DISCURSO DE GRADUACIONES

---

D. Diego S. Garrocho Salcedo  
Profesor Titular de Filosofía Moral y  
Vicedecano de Investigación de la  
Facultad de Filosofía y Letras de  
la Universidad Autónoma de Madrid

---

RECTOR MAGNÍFICO,  
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,  
PROFESORES Y ALUMNOS,  
SEÑORAS Y SEÑORES.

Para un académico, hay pocos momentos más emocionantes que un acto de graduación. Días como el de hoy dan razón de nuestro oficio y sirven de premisa emocional para quienes, de un modo u otro, decidimos hacer de la academia una forma de vida. Entre esas personas, a partir de hoy, también se cuentan ustedes.

Hace algún tiempo escogieron esta universidad en un acto de confianza. Pensaron, y no se equivocaron, que en esta institución encontrarían buenos profesores, un ambiente estimulante y excelentes compañeros. No olviden que son sobre todo los estudiantes los que construyen el prestigio de una universidad.

Ahora, celebramos que ustedes se titulan. Es decir, que esa confianza se invierte. Ahora es la universidad y la sociedad entera quien confía en ustedes. Una universidad que les certifica con un título y una sociedad que les encomienda una misión.

Hoy, cientos de estudiantes celebran su titulación, que es tanto como acoger algo parecido a una gracia. Esto debe hacerles felices. Pero también, y esto debe hacerles aún más felices, una responsabilidad. Quienes hoy se gradúan han llegado hasta aquí a través de un camino de esfuerzo, dedicación, estudio y curiosidad. Quienes habéis facilitado ese tránsito a los estudiantes tenéis también el inmenso honor de saberlos partícipes de este éxito. Ese camino empezó, por cierto, con los maestros que les enseñaron caligrafía, a leer y a contar. Hagan el esfuerzo de recordar, al menos, el nombre de algún maestro de infantil y primaria en un día como hoy.

A partir de ahora, todas vosotras, todos vosotros, contáis con una titulación que os acredita socialmente para distintas misiones. Pero, sobre todo, vuestra graduación os recuerda una transformación ontológica que ya es irreversible. La condición que ahora adquirís es insoluble y nada ni nadie podrá arrebatáros vuestra condición de graduados. Pero tampoco nadie podrá eximirnos de la responsabilidad que esta condición entraña.

Casi tengo que pedir disculpas porque he utilizado una palabra extraña, casi gremial, pero confieso que creo que es la más atinada. He dicho «transformación ontológica» porque es su ser mismo el que a partir de hoy se verá afectado. Hagan la prueba: si salen a la calle y preguntan a cualquier persona «¿qué eres?», le responderán casi siempre con una profesión o un oficio.

Y esa profesión viene marcada por la titulación que han adquirido a lo largo de este tiempo: Máster Universitario en Bioética, Máster Universitario en Filosofía: Condición Humana y Trascendencia, Máster Universitario en Interpretación de Conferencias, Máster Universitario en Profesor de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato, Máster Universitario en Psicopedagogía, Máster Universitario en Cuidados Paliativos, Máster Universitario en Biomecánica y Fisioterapia Deportiva, Máster Universitario en Cooperación Internacional al Desarrollo, Máster Universitario en Migraciones Internacionales Contemporáneas.

Estoy seguro de que sus profesores, al terminar, os recordarían que esta, la Universidad Pontificia Comillas, siempre será vuestra casa. Háganse un favor a ustedes mismos. No dejen de venir. Además, para cultivar la nostalgia es bueno volver a los lugares importantes en su vida.

Pero me atrevería a decirles algo más. No sólo esta universidad es su casa. Cualquier universidad del mundo es y será ya por siempre su casa. Porque la misión universitaria, cuando es verdadera, es siempre compartida. Yo mismo vengo de una universidad vecina, pero aquí me siento en casa. Porque la vocación, la misión y el objetivo de todas las instituciones académicas es, o debería ser, el mismo.

Si nos pusiéramos platónicos, y siempre es buen momento para ejercer el platonismo más literal, podríamos decir que este es el mejor lugar de la ciudad. Es el lugar desde el que parte una búsqueda por la verdad. Una verdad esquivada —no dejarán de buscarla nunca—, siempre fragmentaria, pero que siembra en el corazón de los hombres una sed incesante. Aristóteles lo llamó «thauma» y hoy podríamos denominarlo curiosidad. Ustedes son hombres y mujeres que al hacerse universitarios han decidido mantener una relación muy concreta con la verdad.

Y si me permiten mantener la querencia platónica, a esa verdad se llega por el ejercicio de una razón sensible al bien y la belleza. Cuando duden en su vida, pregúntense dónde está el bien y dónde resuena la belleza. Y esa belleza puede acontecer cuando se alivia un cuerpo que se duele o cuando se diserta sobre un verso del poema de Parménides.

En esta misión compartida de la universidad me permitirán que haga referencia a otra institución hermana y que rescate una anécdota escultórica de la Universidad Complutense de Madrid que confío en que pueda serles de utilidad. En el Campus de Ciudad Universitaria, frente a la Facultad de Medicina, hay una escultura que lleva por nombre Los portadores de la antorcha, esculpida por Anna Hyatt Huntington.

En ella se representa a una figura exhausta, agotada, tendida sobre el suelo, que levanta una antorcha casi agonizando. Esa luminaria es recogida por otra figura, esta vez hercúlea y a caballo, que toma de la mano mórbida la luz que habrá de llevar a otra parte. Lo siento por sus profesores, porque ellos representan esa figura maltrecha y tendida en el suelo. Ustedes son la figura hercúlea que retoma la luz que otros les dieron.

Porque la universidad es exactamente eso. Un pacto entre una minoría y una sociedad. Una alianza entre generaciones en la que algunos más veteranos son capaces de delegar la custodia de una luz a otros más jóvenes, más fuertes, más enérgicos.

Pero la luz que durante este tiempo les han dado no es para que la guarden. Ni para que la conserven. Ni para que la escondan. La luz que sus maestros y sus libros les han brindado es para que se la devuelvan al mundo. En una universidad jesuita no hará falta recordarlo: ustedes están llamados a ser luz del mundo de muchas maneras. Y una de ellas es transportando la luz que otros les dieron.

Hoy muchos les daremos la enhorabuena. Les recordaremos sus logros, sus méritos y su esfuerzo. Pero hay algo que no deben olvidar. Su inteligencia, su capacidad de esfuerzo, sus habilidades y hasta su cultura son también dones. Son cosas que les han sido dadas y ante las que deben responder. De hecho, el conocimiento es una de esas pocas cosas que se gana y se adquiere cuanto más se da. Cuanto más enseñen, cuanto más generosos sean con lo que conocen, más sabios se harán.

Sean pródigos a la hora de devolver todo lo que les ha sido dado. Ser universitario es, sobre todo, ejercer esa generosidad con el mundo y con la sociedad. Y ustedes no son académicos o académicas de cualquier tipo. Esta es una universidad excelente, de élite, y esa condición minoritaria y excepcional es también un imperativo de responsabilidad.

Ya son mayores para aceptar consejos. Así que, al menos, me atrevo a detectar algo que podría parecerse no a un imperativo social, sino a un ruego. A partir de ahora salgan, pues. Cruzen el umbral. Lleven la antorcha de todos los conocimientos que han adquirido en este tiempo —en el fondo, desde que acudieron al jardín de infancia—. Pero porten esa antorcha no como una carga, sino como lo que es: como la señal de que alguien alguna vez confió en ustedes.

Ahora ustedes se sienten jóvenes e inmortales. Y casi me atrevería a decirles que hacen bien. Pero cuando llegue el momento —y llegará— tiéndanla a su vez hacia otra mano más joven, más fuerte, más enérgica que la suya. Habrán cumplido la misión sobre la que se asienta la misión de la universidad y de la humanidad misma.

He hablado de antorchas, de generaciones, de misiones. Pero al final todo se reduce a una sola pregunta que la vida les irá haciendo, de distintas maneras, a lo largo de los años. Y ahora paso al tuteo porque la pregunta es íntima: ¿para qué usaste lo que te dieron?

Hace un momento eran estudiantes. Dentro de un instante, al término de este acto, ya serán otra cosa. No dejen que este umbral temporal pase desapercibido. Deténganse un segundo al cruzarlo. Sientan el peso de lo que llevan. Y luego, caminen.

El mundo —su mundo— les está esperando.

Felicidades a todos.